



DOCUMENTACION

CRONICA

CRISIS ECONOMICA EN LAS UNIVERSIDADES AMERICANAS

378.4(73) : 336.121

«Apenas tenemos dinero para lavar los cristales», decía recientemente uno de los administradores de la Universidad de California. En realidad, la situación no es tan desesperada, si bien las universidades americanas atraviesan un grave bache financiero. La enseñanza superior se ha visto alcanzada por la crisis económica que aqueja al país: mientras la inflación ocasiona un aumento ininterrumpido de gastos, el descenso de la actividad industrial se manifiesta en la reducción de contratos de investigación, subvenciones y legados.

Este bache creciente, entre costes e ingresos, hace cada vez más difícil no sólo mejorar el sistema, sino mantenerlo al nivel ya alcanzado. Los gastos crecen, en primer lugar, por el aumento de la demanda de educación: de 4,5 millones de estudiantes en 1965, se ha pasado a siete millones en la actualidad y se espera más de nueve millones para 1980. Además, esta demanda es cada vez más diversificada, lo cual obliga a multiplicar los cursos para hacer frente a los inagotables centros de interés de los estudiantes. Si se quiere mantener una enseñanza de cali-

dad, el número de profesores debe acompañar el crecimiento del alumnado. Los salarios de los profesores, que en la última década han aumentado más de prisa que la media de salarios americana, representan del 60 al 70 por 100 de los gastos de la enseñanza superior. Por otra parte, la prolongación de la duración media de los estudios ocasiona el crecimiento del costo de formación por estudiante, que ahora es de 15.000 dólares por cabeza.

El precio de la independencia

En cambio, los ingresos de las universidades americanas se han estancado o incluso reducido. En las universidades privadas, las matrículas—muy superiores ya a las de las públicas—han aumentado en un 30 por 100 en los últimos años, y cualquier nueva subida supondría una carga intolerable para la mayoría de los estudiantes. Los legados de fundaciones y particulares tampoco acuden ya con la misma generosidad que antes, debido en parte a la crisis económica y también al clima de contestación social imperante en las universidades y que no puede ser del agrado de quienes han triunfado siguiendo los cánones del *american way of life*. Según una encuesta hecha recientemente entre más de 1.000 *colleges*, las donaciones privadas han disminuido en 20 millones de dólares en un año. También los contratos de investigación suscritos con el Estado, fuente sustancial de ingresos, experimentan un sensible retroceso. Ello se debe, en primer térmi-

no, al frenazo del programa espacial, que estaba fuertemente apoyado en la investigación universitaria; además, muchas universidades han suspendido sus contratos con el Departamento de Defensa, ante la presión de los estudiantes y profesores hostiles a los proyectos de carácter militar. Ante estas circunstancias, numerosos *colleges* han debido echar mano de sus reservas para equilibrar sus presupuestos.

Tiempo de austeridad

Tampoco las universidades públicas se encuentran en mejor situación. Las subvenciones de los estados no aumentan lo suficiente como para paliar la brecha entre costes e ingresos. Por ejemplo, la prestigiosa Universidad de California ha visto aumentar su número de alumnos en los últimos cuatro años en un 28 por 100, pero sólo ha obtenido un 9 por 100 de créditos suplementarios para atenderlos. El año último pidió al Estado 83 millones de dólares para su presupuesto de instalaciones, y tuvo que conformarse con 2,8 millones. El problema económico está tomando un cariz político, como confrontación entre una universidad progresista y un duro conservador como el gobernador Ronald Reagan. Pero también los estados atraviesan un momento de austeridad, para salvar sus finanzas de la bancarrota.

Ni las más prestigiosas universidades se salvan de la crisis financiera. Según datos proporcionados por André Kirchberger, administrador en la OCDE, Yale

anuncia un déficit de más de dos millones de dólares para 1970; Princeton calcula el suyo en unos 5,5 millones en 1971; el informe financiero de la Universidad de Georgia señalaba un déficit de 1,9 millones en el curso 1968-69. En ese mismo año, Stanford debió echar mano de 600.000 dólares de sus reservas, y más del doble en 1969-70. Un estudio realizado entre 554 *colleges* privados mostraba que en el curso 1968-69 más de la mitad eran deficitarios (*Le Monde*, 28 de septiembre de 1971). Tal situación ha llevado a las universidades a aplazar las ampliaciones y reparaciones de edificios, suprimir nuevos programas académicos y disminuir la contratación de personal docente y administrativo.

Ayuda estatal

Ante esta crisis, el Gobierno Federal se ha visto obligado a venir en ayuda de las universidades, tanto públicas como privadas. El proyecto de presupuesto para 1972 prevé 1.896 millones de dólares para créditos de investigación en la enseñanza superior, lo cual supone un aumento de casi el 15 por 100 con respecto a 1971. Por otra parte, el Senado aprobó en agosto una ley que, según el *New York Times*, «constituye la más amplia ayuda concedida a la educación superior en los Estados Unidos». Uno de los programas sancionados otorgará becas llamadas de *oportunidad* básica de hasta 1.400 dólares anuales a estudiantes provenientes de familias de escasos o

medianos recursos. El otro objetivo de la ley es proporcionar 1.700 millones de dólares a las universidades para afrontar los crecientes gastos de funcionamiento. Siempre existió la ayuda federal destinada a la construcción de nuevos locales o a la investigación, pero es la primera vez que el Gobierno contribuye a los presupuestos ordinarios de las universidades. Estas recibirán de 100 a 500 dólares por cada estudiante que goce de una beca de oportunidad básica.

Las recientes medidas de Nixon sobre el bloqueo de salarios y precios y el relanzamiento de la actividad económica contribuirán a resolver la maltrecha economía de las universidades. Cabe también una cierta limitación de costes por medio de una gestión más eficiente de los recursos, tal como lo subrayaba el *rapport* de la Comisión Carnegie sobre la enseñanza superior. Asimismo parece que la demanda de educación va a crecer más despacio. La Oficina Federal de Educación prevé para 1969-79 una tasa de crecimiento anual del 4,5 por 100, la mitad más o menos de la registrada en la década anterior.

Hacia estudios más cortos

Ya actualmente se nota que los *colleges* y universidades americanas empiezan a perder su tradicional atractivo, como medio de acceso a un nivel económico y social privilegiado. Una encuesta realizada por el College Placement Council, asociación privada

no comercial, comprobó que muchos graduados buscan empleo al margen de lo que correspondería a su preparación profesional, debido a que no hay suficientes puestos de trabajo para un superávit de intelectuales con título universitario. Los *colleges* más demandados actualmente empiezan a ser los de ciclo corto (dos años después de la secundaria), centrados en una intensa y especializada formación profesional. El costo de

esta enseñanza es mucho más barato.

El deseo de abreviar la duración de los estudios tiene otras manifestaciones. En 1966, el 27 por 100 de los estudiantes de Harvard aspiraban al doctorado; en 1970, esa proporción bajó al 14 por 100. Princeton se encuentra en la misma situación, y ambas universidades están estudiando la posibilidad de abreviar los cuatro años de sus *curricula* a tres.